

Reseña de los Anales Franco-Alemanes. Cartas Cruzadas de 1843

Karl Marx, Arnold Ruge, Mijail Bakunin y Ludwig Feuerbach

Pablo Nocera

UBA / FLACSO

Los medios de expresión de la crítica joven hegeliana comenzaron a sufrir, a fines de la década de 1830, el peso creciente de la censura de las autoridades germanas. Frente a una dinámica de constante apertura y cierre de publicaciones, algunos nombres propios decidieron reubicar sus iniciativas de prensa en otras latitudes. Tal fue el caso de Suiza y de Francia, geografías que permitieron desplegar una labor editorial más alejada de la supervisión del ojo censor estatal. Marx y Ruge decidieron emprender ese camino y eligieron tierras francesas, París más precisamente, para dar inicio a una nueva publicación llamada los *Anales Franco-Alemanes*. En sus páginas se intentaría consolidar un punto de intersección de la crítica de izquierda hegeliana con las perspectivas socialistas francesas. El emprendimiento de corta vida (sólo un número fue editado) no contó, finalmente, con el aporte francés. La declarada voluntad ateísta de los referentes germanos alejó el interés de sus vecinos, quienes asumían que la religión (las variadas formas del cristianismo) era una pieza clave para coligar a los trabajadores, asociarlos y organizarlos. En pocas palabras, los *Anales* fueron, en su corta vida, sólo una publicación alemana. Todos los colaboradores franceses desistieron de participar.

En sus páginas, los poetas Heine y Herwegh, así como Hess, Engels y el propio Marx (el aporte de Ruge se limitó, por cuestiones de salud, a presentar el plan de la revista) dieron forma a una crítica amplia que, con algunos ribetes románticos, desafiaba el estado de cosas, no sólo en el territorio teutón sino en Europa toda. Entre los colaboradores,

Marx sobresale aportando una crítica doble, tanto a Hegel en su filosofía del derecho, como a Bruno Bauer (otro de sus epígonos críticos) y su trabajo sobre la emancipación política de la minoría judía germana. A sus páginas se sumará Engels contribuyendo con un esbozo de crítica a la economía política y Moses Hess con unas cartas que, desde París, reflejan una corresponsalia que retrata el estado de situación socio-política del otro lado del Rin.

A todo ello se sumó una serie de cartas cruzadas en las que Marx, Ruge, Bakunin y Feuerbach contemplan las condiciones para pensar un horizonte de emancipación política que trascienda los estrechos límites del mundo germano. A grandes rasgos, en ellas concentraron la atención en la dimensión práctica y teórica de esa emancipación, en donde todavía el accionar esclarecedor de la conciencia y el pensamiento seguía siendo la pieza central. Frente a un Ruge que clama por fundar en París «un órgano en el que nos juzgaremos a nosotros mismos y enjuiciaremos a Alemania entera con plena libertad y una sinceridad implacable» (el órgano en cuestión eran los *Anales Franco-Alemanes*), Marx reconoce un cambio en el horizonte de época por el cual «la filosofía se ha secularizado, y la prueba más palmaria de ello la tenemos en que la misma conciencia filosófica se ha lanzado, no sólo exteriormente, sino también interiormente, al tormento de la lucha». El caso francés es el ejemplo palmario de un movimiento de salida política, por el cual la especulación se despliega por fuera de la problemática religiosa que caracteriza el caso teutón y se zambulle en la arena práctica, la política y la economía, en dos anclajes institucionales: el Estado y la propiedad privada.

Feuerbach no dudará en plantearle a Ruge: «En la cabeza brota lo nuevo, pero en ella es también donde lo viejo se aferra más tenazmente. A la cabeza se rinden gozosamente las manos y los pies. Lo primero que, por tanto, hay que limpiar y purgar es la cabeza [...] ¿Qué es la teoría y qué es la práctica? ¿Dónde está la diferencia? Teórico es lo que sólo se halla en mi cabeza, práctico lo que bulle en muchas cabezas. Lo que une a muchas cabezas hace masa, se expande y ocupa, un lugar en el mundo». La mirada sobre la práctica aún se recuesta en el horizonte pedagógico. La práctica es salir de la soledad especulativa del filósofo y hacerse pueblo. Expandir por el camino de la enseñanza el punto de vista de la novedad (crítica) que llama a la acción como resultado del esclarecimiento. Frente a los Bauer, recelosos aún del posible papel que le cabe al pueblo (masa) en el decurso de los acontecimientos, que comienzan a gestarse en el continente, Bakunin confesaba allí con añoranza: «Reconozco que falta todavía mucho para que amanezca el día del 1789 alemán [...]».

El programa está trazado y los intelectuales son los estandartes activos impulsores de la crítica. El *dictum* de Feuerbach reverbera en Marx: «Queremos, además, influir en las gentes de nuestro tiempo, y concretamente, en nuestros contemporáneos alemanes». En esa influencia pretendida se afinca la crítica. Ahora bien ¿cómo puede el pensamiento dar cuenta de lo que es para poder influir? ¿Qué aspecto de la crítica puede abrirse paso para evitar ser complaciente? Al decir de Hegel ¿Todo lo real es racional? Marx allí responde categóricamente: «La razón siempre ha existido, aunque no siempre bajo forma racional. Por tanto, el crítico puede enlazarse con cualquier forma de la conciencia teórica y práctica, partiendo de las propias formas de la realidad existente, la verdadera realidad como su deber ser y su fin último».

Esa irracionalidad (los socialistas verán en ella el fundamento de su indignación) es el sendero intersticial en que la conciencia puede desplegar la denuncia, tomar partido y lanzar sus conclusiones al mundo; Marx afirma: «La reforma de la conciencia sólo consiste en hacer que el mundo cobre conciencia de sí mismo, es despertarlo del sueño acer-

ca de sí, de *explicarle* sus propias acciones». Esta reflexividad que abre la crítica –en cierta forma una autoconciencia escrutada por la irracionalidad advertida en el mundo– es la que ofrece la tónica que gobierna la exposición de Marx en sus intervenciones epistolares. Los *Anales* tenían por finalidad conducir la conciencia a la explicitación de las contradicciones del mundo. La huella de Feuerbach es palpable, Marx apela a la analogía religiosa para patentizar el proceder crítico: «Se trata de una *confesión*, y nada más. Para hacerse perdonar sus pecados, a la humanidad le basta con explicarlos tal y como son». En esta fraseología se entiende porqué Marx planteaba en esas mismas cartas cruzadas que la «vergüenza es ya una revolución». La crítica política es la llave para hacerla visible al mundo. El programa revolucionario que avizoraba en 1843 cifraba sus esperanzas en la potencia de la denuncia y en su correlato político. A pesar de la crítica que los *Anales* supieron condensar a la filosofía y la especulación abstracta germana, y aún teniendo en ciernes la figura del proletariado, estas epístolas apenas intuyen los levantamientos que en un lustro más acosarán a buena parte de Europa y que harán palpable la potencia teórico-política de la noción de praxis.